

HOMBRE DE CELULOIDE
FERNANDO ZAMORA

Payal Kapadia
y el sistema
de castas



Foto: Mubi

EL ATLAS DE PANDORA
IRENE VALLEJO

Memorias
de la fragilidad



Ilustración: Ramón

SÁBADO 15 DE JUNIO DE 2024
AÑO 20 - NÚMERO 1096

La poesía insumisa de Ana Blandiana

José Juan de Ávila / FOTOGRAFÍA: MIGUEL RUIZ DURÁN



EN EL BANQUILLO

Noveno

TEDILÓPEZMILLS

El cuento empieza con el señor de las fumigaciones, cuyo apelativo no busca ser literario o peor aún poético —como en el caso de “la doncella de los túneles”, “el caudillo de los incendios”, “el niño de las aguas”, “el viejo de las cañas”—, sino que así le dicen la administradora y la portera del edificio: “hoy llega a las once el señor de las fumigaciones.” Y a esa hora exacta suena el timbre y, unos minutos después, el tintineo de la campana de mi reja. Salgo a recibirlo, y el señor de las fumigaciones me pide permiso para dejar su paquete afuera; parece una caja vertical de losetas, una columna de piedra con envoltura de cartulina, aunque si se colocara en forma horizontal cambiaría de inmediato mi hipótesis de su contenido (sé que la aclaración es innecesaria, hasta confusa, pero viene señalada en el bosquejo del cuento y lo estoy siguiendo al pie de la letra: sus rodeos, titubeos, como si la autora (o autor) quisiera darles la impresión a sus futuros lectores de que no conoce la trama, la inventa sobre la marcha, con prisa, incluso bajo amenaza, el último deber antes de huir de la ciudad, de la aldea, del país: cualquier cosa es imaginable cuando se omiten las circunstancias). El señor de las fumigaciones no recuesta el paquete; lo recarga contra el muro, ligeramente inclinado, “no se vaya a caer” y se ríe y se limpia el sudor de la cara con la mano (el dorso, para ser más precisa). Saca de su bolsillo un envase de aerosol cuya sustancia según él es lo “mejor de lo mejor” para acabar de modo casi definitivo con las hormigas. Me entrega su tarjeta:

Luis Manuel Delgadillo Control Prevención de Plagas Limpieza Sanidad, sin comas, con el dibujo de una hormiga en el borde inferior del lado derecho, dos colores, verde abajo, blanco arriba, y unas siglas, RAM, en rojo justo en el centro. Le pregunto si no le interesa observar el avance de las hormigas por la cornisa del patio, como soldados en línea recta, y me responde que no hace falta, pues las hormigas son iguales en todas partes: “mil o diez, se comportan siempre de la misma manera: llevo años estudiándolas y ya no me sorprenden”. En el bosquejo del cuento está escrito que el señor de las fumigaciones exclama cuando ve los libreros y las pilas de libros en la mesa de la sala. Los miércoles en la noche tiene un club de lectura por Zoom y el maestro lo está poniendo a escribir textos breves; el tema es lo de menos: importan la emoción, la sinceridad, el uso correcto, decente, de las palabras y la gramática. Él ha decidido escribir sobre su perro enfermo: “sufre y lo lloro a diario”. Esparce gotas del aerosol en las esquinas de las ventanas y en la tubería del fregadero. Su procedimiento es aleatorio. Estoy segura de que el bosquejo del cuento en *La novela inconclusa* es de Marina. Me gustaría platicarle al señor de las fumigaciones de la muerte de mi gato Torcuato. Cuánto odiaba que le recitara las rimas con su nombre: pato, garabato, zapato, nos vemos al rato. Nunca más. Y así fue. —

El maestro lo está poniendo a escribir textos breves: el tema es lo de menos



Una noche de no saber nada. Dirección: Payal Kapadia. India, 2021.

HOMBRE DE CELULOIDE

Castas, metraje perdido y una historia de amor

FERNANDO ZAMORA @fernandovzamora FOTOGRAFÍA MUBI

Recientemente el célebre Yuval Noah Harari expresó que era absurdo estar en contra del colonialismo. Después de todo, dijo, todos los idiomas con los que se dicen cosas importantes (puso como ejemplos el inglés y el español) son imperiales. Se trata de una estupidez de la que resulta muy fácil curarse. La película *Una noche de no saber nada* (programada para cerrar el 42 Foro Internacional de la Cineteca que tendrá lugar entre el 29 de junio y el 16 de julio) utiliza un artificio narrativo muy popular en el horror, eso que la australiana Alexandra Heller-Nicholas llama “terror de metraje encontrado” y que consiste en que ciertas personas (usualmente jóvenes) encuentran unas cintas que demuestran que quienes filmaron aquello tuvieron un fin fatal. Payal Kapadia usa este artificio para producir una obra de amor. Emulemos a Heller-Nicholas y llamemos a esta película cine de amor con apariencia de realidad.

Una noche de no saber nada es un falso documental que inicia cuando en un sótano de la Universidad de Cine una mujer encuentra metraje y cartas que se han dirigido una pareja de amantes. El montaje produce una suerte de intercambio epistolar más cercano a *El cantar de los cantares* que a *El proyecto de la bruja*

de Blair. La intriga nos introduce, además, en un momento de efervescencia política en la India, cuando los estudiantes se rebelaron contra el sistema de castas. El metraje habla, pues, no solo de amor, también de un despertar político del que pocos hemos tenido noticia, cuando los disturbios contra el gobierno de Manmohan Singh exigieron un cambio en la dirección del país. Al grito de “Arriba Modi” (actual presidente de la India), los estudiantes se unieron para echar al gobierno corrupto y aprovecharon para acabar también con el sistema de castas. Y es que, para hacer todavía más contundente esta historia de amor documentado en cartas y metraje hallados en un rincón polvoroso de la universidad en la que se conocieron los amantes, la directora añade un momento francamente exaltado que guarda similitudes con el movimiento de 1968 en París, pero que tuvo lugar hace muy poco en la India. Además, la directora Payal Kapadia se atreve, por fin, a sacar a su propio

país de la imagen miserable a la que sus autores nos han acostumbrado para narrar una película amorosa: ella desciende de la casta de guerreros y gobernantes, mientras que él es un intocable, un paria social, uno que ha tenido acceso a la educación a pesar de ser miembro del más bajo nivel en el sistema tradicional. Al grito de “¡Eisenstein, Pudovkin, quieren que llegue Modi!”, los alumnos de cine responden, además, por qué resulta estúpido lo que dijo Yuval Noah Harari. Y no solo eso, también quienes, en el extremo contrario, exigen que nos deconstruyamos. Y es que no es necesario dejar de hablar español o inglés. Además, uno no se deconstruye, cambia. Las ideologías se deconstruyen. Y para cambiar basta ver películas como *Una noche de no saber nada*, que sirven para deconstruir el eurocentrismo como ideología y el colonialismo como crimen con legitimidad social. No hay contradicción en disfrutar una película en un idioma imperial y, al mismo tiempo, lanzarse contra el colonialismo. No se nos está invitando a deconstruirnos sino a cambiar. ¿Cómo? Sencillamente disfrutando una historia de amor que tiene lugar no en el centro del imperialismo sino en la periferia. Dejémonos atrapar por una película que parece haberse filmado en otro tiempo y otro lugar. —

Disfrutemos una historia que tiene lugar no en el centro del imperialismo sino en la periferia

POESÍA

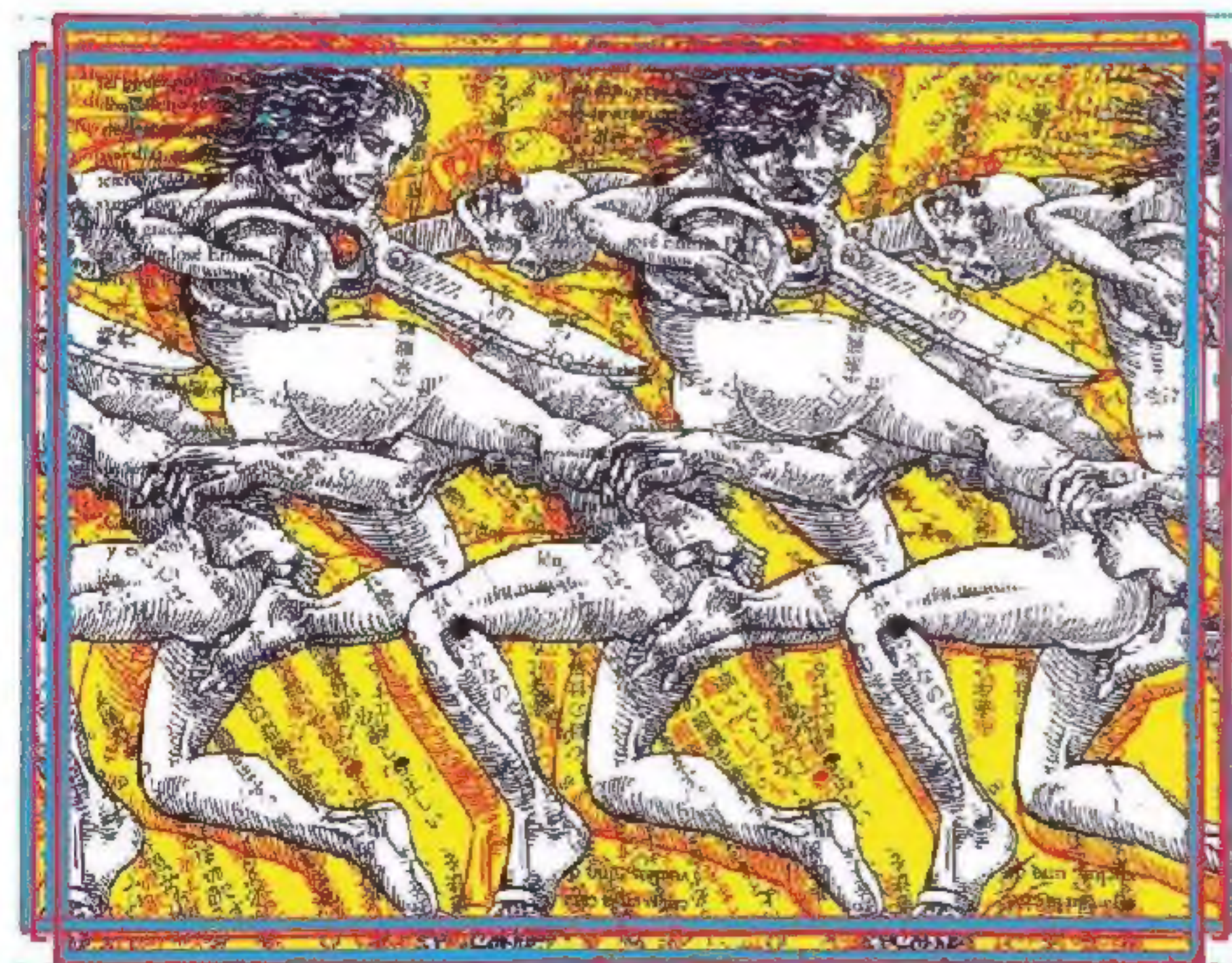
Vínculos

ANA BLANDIANA

Todo soy yo misma.
 Dame una hoja que no se parezca a mí.
 Ayúdame a encontrar un animal
 Que no gima con mi voz.
 El suelo se abre por donde yo piso
 Y a los muertos que llevan mi rostro
 Los veo abrazados y procreando a otros muertos.
 ¿Por qué tantos vínculos con el mundo.
 Tantos padres y tantos hijos obligados a venir al mundo
 Y toda esta alocada semejanza?
 El universo me persigue con los miles de rostros míos
 Y solo si me golpeo a mí misma me defiendo.

Este poema forma parte del libro *El tercer sacramento* (1969). Traducción de Viorica Patey y Natalia Carbajosa. Nuestros lectores podrán leer una muestra más amplia de la poesía de Ana Blandiana en www.milenio.com/cultura/laberinto

EX LIBRIS



Le Comité de Santé Publique/ EKO

ESCOLIOS

Buscando consuelo

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES
 @Sobreperdonar

Existe algún consuelo ante una desgracia súbita e incomprensible? ¿Cómo explicar que, a menudo, la maldad y la estulticia resultan premiadas mientras que se castiga la virtud? ¿Cómo confortarse frente a la finitud y al sentimiento de abandono cósmico y desolación? Michael Ignatieff, el conocido filósofo político, emprende en *En busca de consuelo* (Taurus, 2023) un intento de respuesta a estas interrogaciones perennes que, señala, se vuelven más difíciles de responder a medida que el declive de la religión desvanece la noción de que todo sufrimiento tiene un sentido y una reparación ultraterrena. Para el autor, existe una tradición occidental de la consolación que han formado numerosos espíritus, los cuales, hundidos en los abismos de la desesperación, han buscado alivio a su pena, significado a su desgracia y esperanza para seguir adelante. Tanto en la tradición religiosa de la consolación como en la secular pueden encontrarse diversos recursos emocionales e intelectuales para aproximarse al dolor y esa cadena de experiencias tiene la virtud de recordar que nadie es el único en sufrir la desventura y que el dolor identifica y hermana la especie. Por eso, si bien es posible una búsqueda individual del consuelo, la compartición del dolor y la solidaridad e identificación con el otro ayudan de mejor manera a sosegar las desdichas. Desde el libro de Job y los salmos hasta el martirio de la poeta Ajmatova pasando por las penalidades

¿Cómo confortarse frente a la finitud y al sentimiento de abandono cósmico y desolación?

de Hume, Condorcet, Marx o Weber, el autor ofrece estampas sobre experiencias límite de sufrimiento (la pérdida de seres queridos, la enfermedad terminal, la persecución política,

la barbarie bélica, el fracaso intelectual o el abandono familiar) y búsquedas de consuelo (desde negar o suprimir el dolor hasta dejarlo desbordarse, desde prescribir la inquebrantable fe religiosa o concentrarse en la utopía política hasta buscar la cura artística o apostar por la plenitud del día a día).

La tradición de la consolación alude a la pervivencia de la ilusión y a la resistencia ante las más crueles realidades, pero también a la eventual caída, la desesperanza y la rabia. Por eso, la duda carcome a muchos de los integrantes de este elenco de resilientes y no todos sobreviven a su prueba. Con todo, sugiere Ignatieff, incluso en las situaciones más extremas de servidumbre, depauperación y humillación pueden vislumbrarse actos que preservan un resabio de dignidad y permiten ejercer un mínimo de libertad (tu mal me daña, pero no toca mi ser). Desde luego, no hay una receta única de la razón o el lenguaje para el consuelo y, a veces, el único alivio es la salida de las convenciones de la lógica y la palabra (de ahí su alusión a artistas como El Greco o Mahler). A través de estas visiones heterogéneas de la consolación, es posible observar las razones que sirvieron a muchos para seguir viviendo en un entorno caótico e injusto y para encontrar esperanza en el hecho de compartir un dolor o vislumbrar una dicha fugitiva. —

En entrevista exclusiva, Ana Blandiana, Premio Princesa de Asturias de las Letras 2024, habla de su quehacer literario, de su compromiso político y el futuro de Europa

“Los pueblos felices no tienen poetas”

JOSÉ JUAN DE ÁVILA FOTOGRAFÍA DANIEL MORDZINSKI

La flamante Premio Princesa de Asturias de las Letras 2024, Ana Blandiana, que enfrentó dos dictaduras en Rumania con poesía y activismo político, hoy se declara contra la deshumanización. Conciencia ética y estética frente a las dictaduras de Gheorghe Gheorghiu-Dej (1944-1965) y de Nicolae Ceaușescu (1967-1989), la autora de libros como *Estrella predadora*, *La arquitectura de las olas* o *El reloj sin horas* reflexiona sobre cómo ha cambiado su idea de la libertad. “He descubierto que la libertad es una luz que se ve mejor en la oscuridad”, responde a este reportero y asume como “acertada” la comparación que se ha hecho de ella con Juana de Arco, solo en la medida en que la Doncella de Orleans no tuvo elección para guiar a su pueblo. “Me resultaba menos difícil rebelarme que someterme”, refiere a propósito del galardón, en entrevista gracias al generoso apoyo de la catedrática Viorica Pătea, especialista y traductora al español de Blandiana junto a Natalia Carbajosa, y de la embajada de Rumania en México, en especial de Ionuț Vâlcu.

La poeta, narradora, ensayista y activista política habla en exclusiva con *Laberinto* desde una parada en Polonia, adonde acudió al estreno del documental en su honor *Ana Blandiana. Între tăcere și păcat* (Ana Blandiana, Entre el silencio y el pecado), de la cineasta Diana Nicolae, en el Festival Internacional de Cine de Cracovia, días después de recibir la noticia del premio literario.

Eterna candidata al Nobel de Literatura, Blandiana (Timișoara, 1942) fue postulada al Premio Princesa de Asturias por la Universidad de Salamanca, que

el 2 de julio de 2021, en plena pandemia de covid-19, le otorgó el título de doctora *honoris causa*, recibido con un cubrebocas forzoso, algo irónico para alguien que no ha callado nunca desde que vio de niña el sufrimiento de los otros que ha nutrido su poesía. Recibirá el galardón el 25 de octubre, en el teatro Campoamor de la ciudad asturiana.

Blandiana ha visitado dos veces México. La primera vez, en noviembre de 1996, en representación del PEN Club Rumano en el 63 Congreso del PEN Club Internacional; volvió casi dos décadas después, en noviembre de 2017, a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. “La primera vez que estuve en México fue en 1996, en el Congreso Internacional del PEN, donde había cientos de escritores de decenas de lenguas y nacionalidades enfrentándose entre sí por ideas exaltadas e intereses irrisorios. Cuando volví años más tarde a la FIL fue maravilloso, porque lo importante no eran los escritores, sino los libros”, refiere la autora de *Proyectos de pasado* (Periférica).

¿Qué definió su vocación como poeta y activista por la libertad?
¿La dictadura en Rumania la impulsó a convertirse en poeta o la poesía la empujó éticamente a combatir la dictadura?

Empecé a escribir poesía antes de saber leer o escribir, antes de que la gente de mi entorno supiera lo que era una dictadura. El vínculo entre este mundo y la poesía fue el sufrimiento que descubrí a mi alrededor, que alimentó y dio forma a mi poesía.

Tomó su seudónimo de una balada rumana. El personaje de esa canción

se sacrifica (como escribe en el poema “Balada” en *La arquitectura de las olas*, 1990). ¿Su poesía y activismo fueron un sacrificio por su pueblo? ¿Sacrificó incluso su nombre? ¿O para quién fue ese sacrificio?

La poesía nace del sacrificio de pagar el misterio más allá de las palabras con días y años de vida. De eso trata “Balada”: de lo que hay que pagar para poder hablar en nombre de todos y llegar así a ser verdaderamente uno mismo.

Balada'

No tengo otra Ana,
Me emparedo a mí misma,
Pero quién sabe si basta;
El muro no se derriba por sí solo,
Sino empujado por el capricho
De una sonámbula excavadora
Que avanza a la deriva en una pesadilla.
Y otra vez construyo
Como si construyera una ola,
El segundo día, otra vez,
El tercer día, otra vez,
El cuarto día, otra vez,
Un monasterio eternamente líquido
Destinado a derrumbarse en la orilla;
Y lo construyo de nuevo,
Oh, cal
Y ladrillo,
Una criatura sin mancha,
Una criatura
Como armazón
Del sueño infame:
No tengo otra Ana,
Incluso a mí misma
Me tengo
Cada vez menos.

¿Dónde quedó entonces Otilia Valeria Coman desde que Ana Blandiana nació?

Es un nombre que para mí solo existe en mi pasaporte.

Al aceptar el Premio Princesa de Asturias, dijo: “¿Qué tal si para mí la poesía es realmente el camino hacia la polis, un camino para quedarme, pa-

ra acompañar el sufrimiento de los otros?” ¿Qué implica para usted “acompañar el sufrimiento de los otros”? ¿Qué hay de su propio sufrimiento como poeta y como persona?
El vínculo entre el sufrimiento colectivo y los poetas es un privilegio de los pueblos desgraciados a los que se concede así la recompensa del arte capaz de expresarlos. Los pueblos felices no tienen poetas, los poetas felices no conocen a sus pueblos. De hecho, es difícil decir si en su desdicha el poeta adopta el sufrimiento de los demás o si los demás comprenden el sufrimiento porque han leído al poeta. En la historia solo queda la simbiosis, el poder de compromiso.

El crítico Alex Ștefănescu la llamó una “Juana de Arco” de Rumania. ¿Cómo asume esta personificación?
Es una comparación acertada, pero solo en la medida en que Juana de Arco no tuvo elección. Nunca me he considerado una heroína, simplemente me resultaba menos difícil rebelarme que someterme.

En un cuento de su libro *Las cuatro estaciones*, la narradora se queja de su falta de memoria. ¿Cuál es el rol de un poeta, o de un intelectual, en la memoria colectiva?

El poeta, el escritor, el artista es el guardián de la memoria colectiva. En la mitología, Mnemosyne, la Memoria, es la madre de todas las musas. Y yo siempre me he sentido insatisfecha con mi capacidad de recordar, con la imperfección de mi memoria, porque recordar significa mantener en vida, arrebatar la vida a la muerte.

En 1968 usted fue invitada como poeta a París. ¿Por qué decidió no quedarse en Francia, ir al exilio como hicieron muchos artistas del bloque comunista? ¿Por qué escogió el exilio interior en Rumania?
Porque el problema no era la difícil-



tad de marcharse, sino la imposibilidad de regresar. Necesitaba menos valor para enfrentarme a la represión que el que habría necesitado para cortar definitivamente el vínculo que me unía a los de mi pueblo.

Sus libros de relatos me hicieron pensar en una autora diferente a la de su poesía. Su poesía me parece más directa, más transparente, el misterio es la realidad, no el poema. En cambio, en sus cuentos todo está fuera de la realidad, es fantástico, no obstante, es la realidad. ¿Cómo pueden coexistir ambos mundos en una sola Ana Blandiana?

No me parece que haya dos mundos, sino dos grados de intensidad, dos estados de agregación. La claridad de la poesía es la de la esencia que ha perdido el lastre de los elementos concretos y a menudo son fantásticos por la cantidad de absurdo que contienen.

¿Por qué decidió escribir historias fantásticas? ¿Fue una forma de retar la imposición del realismo socialista o una declaración a favor de la tradición oral y literaria rumana?

Por extraño que parezca, no fue decisión mía. Quería escribir páginas lo más realistas posible, para describir la realidad, para desenmascararla. Sin embargo, casi contra mi voluntad, las

cosas empezaron a irisar su contorno y a adquirir significados diferentes, y las conclusiones van-alcanzan más allá de la historia.

¿Qué dio su prosa a su poesía y qué dio su poesía a su prosa?

La prosa ha liberado a la poesía de la obligación de describir la realidad, y la poesía ha prestado a la descripción realista de la prosa el aura de los significados inexpressables.

En su poema "Medida" escribió que lo Peor y lo Mejor no existen, que son fantasmas como el Bien y el Mal. ¿Dónde queda entonces la ética?

El poema al que se refiere habla de la disolución de los criterios morales y del hecho de que con la secularización, el progresismo y el cuestionamiento de los valores tradicionales, la definición del bien y del mal pierde firmeza y se vuelve dudosa.

Medida¹

Lo mejor y lo peor
No existen.
Son solo fantasmas,
Sueños sin medida
Del bien y del mal,
Promesas
Destinadas a postergar el momento
Espantoso
En el que podríamos descubrir

Que ni el bien ni el mal
Existen,
Y que son solo fantasmas,
Sueños sin medida
De unos adjetivos
Insignificantes
Y ambiguos.

¿Al artista debe definirlo la ética o la estética?

La estética, pero si esta carece de un suelo nutrido por grandes problemas éticos, o si adolece de la falta de ellos, deja de dar frutos.

Los ángeles aparecen en su poesía. ¿Por qué son importantes para usted?
Son herramientas para expresar lo inexpressable.

Hace 60 años, cuando publicó su libro *Primera persona del plural*, ¿soñaba con un mundo como el actual?
No. Evidentemente, mi imaginación y mi esperanza se han visto superadas en el bien y en el mal sentido. No habría sido capaz de imaginar un mundo sin fronteras y no podría haber imaginado una tercera guerra mundial amenazando de nuevo con estallar en Europa.

Se quedó en Rumania después de la caída de Ceaușescu y del bloque comunista. Acompañó a su pueblo en la reconstrucción democrática. ¿Por

qué no tomó la decisión de acompañar la democracia como político o incluso presidenta de su país, como lo hizo Václav Havel en Checoslovaquia y en la República Checa?

Me negué a presentarme a las elecciones presidenciales porque siempre he pensado que mi función es conmover y emocionar a la gente, no dirigirla. Y probablemente no tenía suficiente espíritu de sacrificio como para dejar que mi nombre cayera en el mundo del compromiso político, aunque más allá de él hubiera esperanza.

¿Cambió su concepto de la libertad y de la democracia cuando Rumania vivía en una dictadura o como se vivió después de 1989 y en la actualidad?

Hasta cierto punto, sí. He descubierto que el camino hacia la libertad y el sueño-esperanza de libertad son más importantes que la realidad de la libertad; he descubierto que la libertad es una luz que se ve mejor en la oscuridad. La libertad por la que luchamos y que inventamos a pesar de los peligros fue infinitamente más creativa, más brillante que la perezosa libertad de la sociedad de consumo. Rumania es un país ordinario de la Unión Europea donde hay libertad y democracia, pero no existe un Estado de derecho plenamente realizado y funcional. Como en los demás antiguos países comunistas, los residuos de 50 años de falta de libertad frenan los movimientos y bloquean los mecanismos.

En pleno siglo XXI otra vez hay guerras en Europa y África y un genocidio en Medio Oriente. ¿Fue una ilusión haber dejado esas amenazas en el siglo XX?

Sí, parece que el Bien siempre resulta ser una ilusión, pero una ilusión siempre salvadora, sin la cual el Mal nos habría borrado de la faz de la Tierra hace mucho tiempo. Resulta extraño, sin embargo, en el caso de las dos guerras actuales, lo poderoso y catastrófico que resulta ser el papel de las personalidades negativas en la historia. La solución parecería curiosamente sencilla: solo hay que tener cuidado de no dar a nadie demasiado poder. Una conclusión que ya se ha descubierto demasiado tarde muchas veces.

¿Cuáles diría que son las principales amenazas para la humanidad en estos momentos y para las futuras generaciones?

El hecho de que haya demasiados hombres en la Tierra, y el hecho de que los robots pronto serán superiores a los humanos.

¿A qué se opone en el siglo XXI la activista, la opositora Ana Blandiana? A la deshumanización.

Antes del siglo XXI lo más parecido a las dictaduras fueron las monarquías. ¿Cómo han podido sobrevivir en un mundo supuestamente democrático?

Todos creíamos en nuestra infancia, cuando éramos felices, en la irre realidad de los cuentos de hadas, y a todos nos ha costado llegar a ser adultos y realistas. ■

¹La arquitectura de las olas, traducción de Viorica Pateary Natalia Carbajosa, Galaxia Gutenberg, 1990.

²Op. cit.

EL ATLAS DE PANDORA

Memorias de la fragilidad

Los cuidados frente a la enfermedad son una práctica social que no podemos descuidar ni olvidar

IRENE VALLEJO ILUSTRACIÓN ROMÁN

Cuántas veces, antes de nacer, nuestras vidas estuvieron en peligro. Los zarpazos de la epidemia han amenazado siempre el fino hilo del futuro. En el pueblo de la infancia de mi abuelo, todas las mujeres embarazadas murieron en los años de la letal gripe española, menos su madre, que misteriosamente sobrevivió durante aquellos meses de terror, y pudo dar a luz. Mis padres eran niños cuando la polio se extendió dejando en sus colegios una estela de pupitres vacíos y huecos en las fotos familiares. Una brizna de mala suerte, y todos sus descendientes habríamos quedado borrados. Nosotros, los vivos, somos victorias frente a la fragilidad.

Muchos habíamos olvidado esa fragilidad, junto con las historias en sepia de nuestros padres y abuelos. La nuestra era la amnesia de los afortunados. El progreso de la medicina ha sido tan prodigioso en unas pocas generaciones que a nosotros una vida larga y sana nos parecía —nos sigue pareciendo— lo habitual. Hemos dejado de asombrarnos ante un éxito que, en esta parte del mundo, se ha disfrazado de normalidad. Casi nadie, a lo largo de la historia, había podido permitirse el lujo de ese olvido nuestro. En *La favorita* el cineasta griego Yorgos Lanthimos resume la vulnerabilidad humana en una perturbadora imagen. La protagonista de la historia, la reina Ana de Inglaterra, cuida y acaricia en su dormitorio a diecisiete conejos blancos, uno por cada hijo que murió antes de llegar a la edad adulta. Si una reina a las puertas del siglo XVIII, protegida por el lujo de su palacio, sus médicos y sus riquezas, criaba esa blanca camada de duelo, no cuesta imaginar cómo serían las existencias más precarias. Fiebres, un parto, una diarrea, una cox de un caballo en el pecho, y un rápido fundido en negro. Así era el



el sótano de las telarañas y se convirtieron en el eje de todas las decisiones. Al parecer, fue preciso que todo se trastocara y perdiéramos la cabeza para volver a pensar sensatamente. Tomamos conciencia del valor de la atención y el conocimiento, colocamos de nuevo nuestra esperanza en los expertos del cuidado.

Ojalá no enmudezca aquella memoria de los balcones.

Los expertos saben bien que atender a los que sufren nos enfrenta a un constante dilema: cuántos sacrificios asumimos para salvar a los demás. A lo largo de

la historia, en las recurrentes epidemias que desde tiempos remotos han acechado a la humanidad, la disyuntiva reaparece una y otra vez, retándonos a conjugar los terrores de los sanos y de los enfermos. Hasta hace relativamente poco tiempo, se solía condenar con tablas clavadas las puertas y las ventanas de las casas donde se detectaba la presencia de contagiados y, en el mejor de los casos, les lanzaban alimentos separando las tejas del tejado. Hubo islas donde se abandonaba a su suerte a los infectados en tiempos de peste; Jack London escribió un fascinante relato sobre la rebelión de un leproso destinado a Molokai, cárcel para enfermos en el paraíso de las islas Hawái. En el pasado no era infrecuente aplicar ese *apartheid* despiadado. Nosotros, en cambio, optamos por confinarnos todos los sanos para proteger a los más vulnerables y, aunque parezca una paradoja, aislados fuimos más que nunca una comunidad. En ese dilema —trágico—, tomamos una decisión que contradice la apología de la eficacia y la

mundo de antaño, así es todavía hoy en demasiados lugares.

Nuestros cuerpos están fabricados de materiales delicados; como escribió el poeta griego Píndaro, somos la sombra de un sueño. Una larga esperanza de vida no es un dato de la naturaleza, es un avance inaudito del cuidado. Quienes nos cuidan han conseguido logros más y más extraordinarios durante los últimos siglos;

mientras, nosotros nos hemos habituado a los éxitos como a la monotonía de un paisaje conocido. Cuando en 1955 se anunció en Estados Unidos la vacuna contra la poliomielitis, sonaron las campanas, se cerraron

las escuelas, dieron día libre en el trabajo, la gente brindaba, acudía a las iglesias, sonreía y abrazaba a los desconocidos. Cuando mis padres eran niños, les daban a leer biografías en viñetas de Louis Pasteur, Marie Curie y otros científicos que revolucionaron las formas de vivir y morir. En los últimos años, otros ídolos atrajeron los aplausos, las miradas se volvieron desatentas, los héroes infantiles se quitaron la bata blanca. Los trabajos del cuidado quedaron en la penumbra de las noticias, del interés y la conversación pública, mientras nos suministraban succulentas y rentables dosis de un falso ideal de dorado individualismo, de fuerza, de victoriosa soledad.

La pandemia hizo añicos el espejismo y volvimos a verles las orejas a los conejos blancos de la fragilidad. De pronto, los cuidados abandonaron

Hace 25 siglos. Sófocles se preguntó en una tragedia cómo actuar ante el dolor ajeno

Y, además, en nuestra edición digital:

Jaafar al Aluni: Freud y la historia de una franja • Fernando Solana Olivares: La narración que cura • Alma Gelover: Un cuchillo para Salman • Mercedes Luna Fuentes: Lo distinto • Adriana Tafoya: La poética del cosmos • Ricardo Venegas: Exorcizando *El celestino del diablo* • José Juan de Ávila: Entrevista con Santiago Esteinou • Carlos Illades: La democracia de los pocos • Gerardo Herrera Corral: 2025, año cuántico

idolatría del éxito imperante en las últimas décadas. Quisimos proteger a los más frágiles, con todas nuestras fuerzas, pagando el alto precio que exigirá el futuro. Apostamos sin titubeos por los cuidados.

Hace 25 siglos, Sófocles se preguntó en una tragedia cómo actuar ante el dolor ajeno. No es fácil vivir enfermo, pero tampoco lo es vivir con un enfermo. Filoctetes, que da nombre a la obra, es un combatiente griego en el asedio a la ciudad de Troya. Cierta día una flecha envenenada le provoca una terrible herida en la pierna. Hartos del insostenible hedor que desprende Filoctetes, de sus gritos y quejas, sus propios compañeros deciden abandonarlo en una isla desierta con su arco mágico, que nunca yerra el tiro, para que pueda alimentarse de la caza. Durante diez años sobrevive en soledad, oyendo el estruendo de las olas que rugen en los acantilados, sin que nadie lo atienda ni se preocupe por él. Transcurrida esa década, una profecía revela a los griegos que solo podrán ganar la guerra gracias al arco de Filoctetes. Ulises y el hijo de Aquiles se embarcan en busca del hombre al que desahuciaron cuando creyeron que era prescindible. En la isla se hacen patentes las consecuencias del abandono sobre los que lo decidieron y sobre el que lo sufrió. Filoctetes les dirige unas palabras con resonancias actuales: "Atrévete. Sálvame". Sé osado, arriégate a cuidar del débil, porque eso te hará más fuerte.

Filoctetes es una tragedia singular porque alberga un final feliz. En esta obra los personajes sufren para llegar a aprender que toda armonía es siempre el resultado de una fuerte tensión. Sófocles creía que es posible reconciliar el miedo y la comprensión, la autoridad y la libertad, la costosa protección al frágil con la solidez moral del futuro, y por eso este texto queda abierto al optimismo. Estas enseñanzas del pasado forman ya parte de nuestra mejor tradición humanista. El futuro, ese país desconocido, necesita fortalecer la salud, la investigación y la ciencia. Sin olvidar esa red tejida de relatos e historias, ideas y reflexiones, imágenes y canciones que nos han transmitido el valor incalculable de la fragilidad, la mejor herencia de nuestros mayores. Esas mismas historias que, en tiempos de encierro, nos aliviaron dialogando con nuestras sombras y sueños. El conocimiento, la ciencia y la cultura son cadenas frágiles, tan frágiles como nosotros mismos. No volvamos a descuidar los cuidados. ■

© Derechos mundiales de prensa en todas las lenguas reservados a Ediciones EL PAÍS, S. L.
© Irene Vallejo.

NARRATIVA

El desierto blanco



Luis López Carrasco

Anagrama
España, 2024
160 páginas

Premio Herralde 2023, esta novela puede leerse como el retrato de una generación condenada a hacer lo imposible para obtener un empleo y también de un futuro que se vislumbra incierto. El narrador intenta recuperar las piezas que informan del pasado y de aquello que alguna vez tuvo la forma de la utopía.

Buena suerte

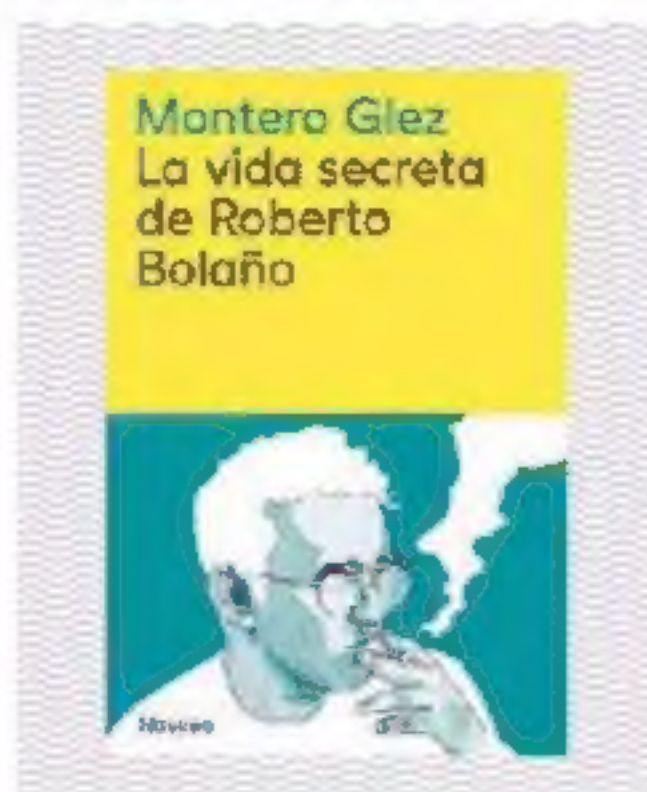


Nicholas Butler

Libros del Asteroide
España, 2023
400 páginas

Los amigos Cole, Bart y Teddy son propietarios de una empresa de construcción con la que salen al paso, pero inesperadamente les cae el encargo de terminar una casa en las montañas, de parte de una emprendedora y atractiva mujer. La novela no tarda en volverse un *thriller* y la crónica de un pueblo y la amistad.

La vida secreta de Roberto Bolaño



Montero Glez

Navona
España, 2024
136 páginas

El lector no debe irse de bruceos con el título de este libro. No se trata solo de Roberto Bolaño sino de William Burroughs en un bar de Tánger; de Lucien Carr comandando a la generación *beat*; de Ernest Hemingway y aun de Enrique Vila-Matas, en un juego de espejos entre la ficción, el periodismo y el relato.

Madrina Muerte



Sally Nicholls y Júlia Sardá

Impedimenta
España, 2023
48 páginas

Con texto de Nicholls e ilustraciones de Sardá, este libro cuenta la historia de un pescador pobre que tiene a la honradez como su mejor cualidad. Como no tiene nada que regalarle a su hijo a raíz de su bautizo, sale en busca de un buen padrino. Rechaza a Dios y al Diablo pero acepta a la Muerte, a quien considera la más honrada.

A FUEGO LENTO

El camino de la mano escrita
México, 2024

Yo, sobre todo

ROBERTO PLIEGO
robertopliego61@gmail.com

En *El camino de la mano escrita* (Almuzara), Luis Bugarini ha elegido el ensayo para hablar de sí mismo; no, digamos, sobre los demás o el presente en llamas o el canibalismo o la observación de las aves, sino únicamente sobre lo que por ahí llama su "configuración" y, más adelante, "refundación". Al ponerse como protagonista de sus reflexiones termina por ejercer ese género de la memoria llamada a cuentas que es la autoficción.

No tardamos en descubrir que Luis Bugarini es menos interesante que el autor de libros y artículos periodísticos. Por "El consuelo de la poesía", el ensayo inaugural, sabemos que ha sufrido varios reveses amorosos, que "olvido la fecha en la que vivo" y no es difícil que se deprima de un día para otro (lo que quizás explicaría su idea de que la poesía tiene efectos curativos). Por "La escritura con el cuerpo" y "Los placeres mudos" sabemos de su gusto por la escritura a mano y el café, de un amago de paro cardíaco, que dejó de fumar y de hacer bicicleta y que "cada que estrenamos unos calcetines se ilumina nuestra mirada". Son demasiadas revelaciones personales, y candorosamente innecesarias, arrojadas por el camino como si no bastara con su tantas veces mentado repudio a las ambiciones literarias.

Todo esto parece responder a cierto ánimo beligerante que se alimenta de ocurrencias bien expresadas o, al menos, articuladas, lo que halla acomodo en los textos finales: "Olvidarse de escribir" y "Contra la literatura". Los títulos son elocuentes y suenan tan severos... tan de va mi resto... Bugarini ocupa casi la mitad de *El camino de la mano escrita* en esbozar un método para desaprender la escritura literaria y en dejarse arrullar por el silencio. Vaya, pues, un mundo solo habitado por ese yo que escribe este libro y goza matando moscas.

Qué fiasco, y no se trata de la falta de argumentos, por más desenfadados que parezcan, ni del tono confesional, que se hace pasar por series de espasmos idealistas. Se trata del pecado mayor del ensayista: la indisposición absoluta para la ironía. ■

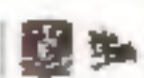
14°

FESTIVAL INTERNACIONAL
DE CINE UNAMFIC
UNAM

13-20 JUNIO 2024

FICUNAM.UNAM.MX
#FICUNAM14
#ELCINEQUEPROVOCA

CULTURUNAM



TOSCANADAS

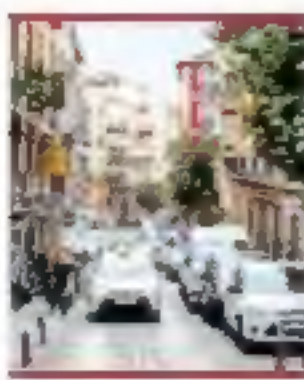
Vecinos del pasado

DAVID TOSCANÁ

Tengo alquilado un departamento en la calle Costanilla de los Ángeles. Los amigos le llaman Toscanilla. Mis vecinos son bastante molestos. El de pared con pared tiene una voz chillona que suele elevar para que lo escuche el mundo, sobre todo cuando le dice a su pareja “cómo debe ser” y se pone él mismo a manera de ejemplo integérrimo. Cuando al fin se calla, es porque pone la televisión a todo volumen; cuando al fin apaga la televisión, es para poner música también a macrovolumen; reguetón, por lo general. Con poca creatividad, lo apodé el Cacatúa.

Los de arriba no los conozco. Pero también ponen música atronadora. Un género que no sé si se llama club o house. Me llega una percusión monótona que sirve para inyectarse algo y bailar sin ton ni son.

No me mudo porque sale caro mudarse y, porque vaya uno a donde vaya, siempre habrá vecinos que prefieren el



COSTANILLA DE LOS ÁNGELES
Calle en Madrid.

estruendo al silencio. El edificio es antiguo, y me puse a averiguar quiénes habrían sido mis vecinos en algún pasado remoto.

Ahí donde el Cacatúa hace de las suyas, vivía el doctor Ángel de Larra y Cerezo, que murió en 1910. Fue escritor de obras científicas y dirigió la *Revista de Terapéutica y Farmacología* y *La Medicina Militar Española*. Fue miembro de número de la Real Academia de Medicina. Fundó el periódico *Diario Médico* y colaboraba para *La Ilustración Española y Americana*. Asimismo, editó el *Diccionario de bolsillo de medicina*. La Biblioteca Nacional de España enlista 26 de sus publicaciones, incluyendo una importante historia del periodismo médico, e incluso se guarda parte de su correspondencia. En su discurso de ingreso a la Academia, en tanto hablaba de medicina, citó a Cervantes, Flaubert, Calderón de la Barca, Hugo Grotius, Benito Pérez Galdós... Se casó con la hija del entonces famoso escritor Luis

Mariano de Larra, hijo del aún más célebre Mariano José de Larra.

En tiempo remoto, allá arriba de donde llegan las percusiones, vivió don Carlos Apolinario Martínez de Souza, Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, Comendador de la Orden de Isabel la Católica, Auditor de Guerra y Magistrado de la Audiencia territorial. Poca información tengo de él, pero su nombre aparece en la gaceta del ejército cada vez que le daban un ascenso.

Sé que en otro tiempo ahí vivió también la pintora Antonina Vallés, de la que tengo como referencia que presentó una obra para cierta exposición al final del siglo XIX. Un crítico escribió: “¡Bellísimo paisaje! ¡Cuánto sentimiento! Su autora debe estar satisfecha del éxito”.

Con gusto cambiaría mis vecinos del presente por los del pasado, conversaría y me tomaría una botella de vino con ese pasado. Para mis vecinos presentes tengo tapones de oídos 3M, que, apesar de ser los mejores, no pueden contra una cacatúa. ■

BICHOS Y PARIENTES

La hora de Yago

JULIO HUBARD FOTOGRAFÍA CARETAS

La sorpresa de que Shakespeare no se acaba y no envejece. Que no sepamos prácticamente nada del dramaturgo que puso en las tablas a personajes tan profundamente humanos que no sabrían dar cuenta de sí mismos, antes que disminuirlo, añade a su valor y coherencia. Un error común entre literatos es aquel de dar a sus personajes una cordura completa: quedan títeres de un guión, demasiado maquinales para creerles una falible, voluble, maleable naturaleza humana. Pero dentro de la incertidumbre, Shakespeare pudo columbrar la mejor representación posible del mal y del poder. Por ejemplo, Yago, el destructor de Oteló, Desdémona, Casio, Emilia, Rodrigo... W. H. Auden (*Trabajos de amor dispersos*) hace un señalamiento indispensable respecto de *Oteló*: “Los héroes oficiales de las tragedias shakespearianas son hombres apasionados que no quieren ser ellos mismos”, pero Yago sí “quiere ser él mismo”.

El plan venenoso de Yago pudo haber fallado. Es más, debió fallar. Pero acertó. Supo presentar hechos sueltos, inconexos, como si fueran una cadena necesaria. A partir de tergiversaciones —un saludo de Desdémona a Casio, un pañuelo robado, un falso sueño...— Yago le presenta a Oteló una realidad alternativa, con otros datos. Formula acusaciones que no parecen acusaciones: Yago obtiene un pañuelo robado a Desdémona y le hace creer al confiado Oteló que ella misma se lo dio, en prenda, a Casio.

Esa genialidad de Shakespeare: la confianza es el lugar más aterrador. El espectador sabe lo que está sucediendo, pero en el mundo interno de



los personajes, en el drama, sucede algo peor que la desconfianza. Es el traspaso de la confianza de las manos del moro franco y veraz a las del solapado e hipócrita. El moro pierde todo. Emponzoñado, Oteló se vuelve errático. Al verlo, el noble veneciano Lodovico se pregunta: “¿Es este el moro a quien todo el senado hallaba enteramente comprometido y capaz? ¿Es esta la naturaleza incombustible a la pasión?” (IV. 1).

“Ha cambiado mucho”, responde Yago, pero “Él es lo que es” (*He is that he is*). Y este es el nodo trágico. No solo porque Oteló está en sus

manos sino por esa certeza atroz de que alguien suponga saber qué es y quién es el otro.

Sobre todo en Shakespeare. Harold Bloom señalaba que la brillantez de Shakespeare consistía principalmente en que sus personajes, como los seres humanos, podían desconocerse a sí mismos, actuar como nunca habrían pensado, mentirse a sí mismos. Resulta doblemente oscuro el hecho de que alguno pueda saber, conocer y controlar la naturaleza del otro. Nadie en el teatro, ni Sófocles, ni Ibsen, se compara con Shakespeare en esta forma de entender y presentar el mal radical, como goce, como recurso, como pasión gobernante.

Sí, en Milton uno comprende el mal y su pasión creadora: el mal engendra libertad. Pero son ideas. En Shakespeare son personas y actúan por algo más que una voluntad razonadora:

Puesta en escena de Oteló de Shakespeare.

es una naturaleza que no puede ser traicionada. No es el mal utilitario, cuyo uso lleva a ganancias y ventajas. Es esa otra forma del mal que fatalmente se lleva a cabo porque el sujeto no es capaz de habitar ese otro modo.

“Pues el día en que mis actos manifiesten/ la índole y verdad de mi ánimo/ en exterior correspondencia, ya verás/ qué pronto llevo el corazón en la mano/ para que piquen los bobos. ¡Yo no soy el que soy!” (I, I. En traducción de A. L. Pujante).

“Yo sé quién soy”, dice el borracho. Y uno creería que es idiota quien cree conocerse a sí mismo. Pero Shakespeare supo que esa era la residencia del mal radical. Es raro que los fans de las paranoias del poder (los nietzscheanos, los foucaultianos y demás yerbas) suelen ser lejanos a Shakespeare. Yago, Edmundo (*Rey Lear*), Ricardo III, el duque de Viena (*Medida por medida*) y hasta Bruto (*Julio César*) comparten esa característica espeluznante: no solo afirman saber quiénes son ellos sino, peor, están seguros de saber quién es el otro. Todos manifiestan un acusado desprecio por la naturaleza humana.

Ellos saben, conocen; por lo tanto, calculan y manipulan los modos de pensar, de actuar, las pasiones y resortes de la gente y de su interlocutor: “son lo que son”. Es una concepción miserable del prójimo. Pero aciertan. Son poderosos porque desprecian al otro; les hablan como a menores de edad, les indican qué pensar y cómo juzgar, y obtienen obediencia. ¿Cómo no confirmar su “conocimiento”? Para eso da el poder; para gobernar y manipular las voluntades de tanto tonto de buena fe. ■

Nadie en el teatro se compara con Shakespeare en la forma de entender el mal radical